

FUENTES

DADISO QATRAYA: COMENTARIO A LAS SENTENCIAS DEL ABAD ISAÍAS

INTRODUCCIÓN

1. *DADISO QATRAYA*³⁸

Dadiso vivió en la segunda mitad del siglo VII. Nació en Qatar (Dadiso de Qatar = Dadiso Qatraya), región situada junto al Golfo Pérsico. Fue monje del monasterio de Rabkenar, del que nada sabemos. Abdiso de Nísibe nos ha transmitido una lista de las obras atribuidas a Dadiso: una traducción del *Paraíso de los monjes* (¿tal vez la *Historia Lausiaca*?), un libro sobre la vida monástica, algunos tratados sobre la santificación de la celda, tratados de consolación, cuestiones y cartas sobre la soledad corporal y espiritual, un comentario de la obra del abad Isaías. De sus obras sólo esta última y el tratado de la soledad han llegado hasta nosotros. El libro sobre La soledad de las siete semanas³⁹ trata de los ejercicios espirituales a que deben someterse los monjes, según las tradiciones del monacato mesopotámico, durante sus retiros de siete semanas. En realidad, es una exposición casi completa de ascética y mística.

Dadiso es nestoriano⁴⁰ y no vacila en manifestarlo con toda claridad. Llama santo y bienaventurado a Nestorio⁴¹, calificando a Cirilo de Alejandría de impío y herético. Los Sirios, es decir los monofisitas⁴², son para Dadiso el modelo, el paradigma, de la corrupción doctrinal. Más de una vez se vale de la fórmula nestoriana: “el hombre de nuestro Señor”. Sin embargo, el Comentario no contiene más que un pasaje de cristología formal. Sucede que los *logoi* de Isaías no se prestan para realizar exposiciones dogmáticas. Por eso en todo el *Comentario* sólo hay dos o tres textos en los que se tocan problemas de ese orden.

2. *EL COMENTARIO*

Por la calidad de la exégesis, la erudición y la sobriedad de estilo el *Comentario* compuesto por Dadiso se cuenta entre las mejores producciones de la literatura nestoriana. En esta obra su autor ha puesto los recursos del análisis filológico –que maneja con solvencia– al servicio de la síntesis doctrinal.

Dadiso comenta la versión siríaca de la obra de Isaías, sin recurrir al texto griego. Cita asimismo la Sagrada Escritura según la versión de los sirios y no conforme a los LXX. Lo cual conduce a suponer que desconocía el griego.

³⁸ Ver A. GUILLAUMONT, art. *Dadiso Qatraya* en *Dict. de Spiritualité*, vol. III, cols. 2–3.

³⁹ A. GUILLAUMONT, *art. cit.*, señala que este tratado fue editado por A. MINGANA en *Woodbrooke Studies*, Cambridge 1934, t. 7.

⁴⁰ Para lo que sigue nos basamos en la introducción a la traducción del *Comentario del libro del abad Isaías*, debida al Prof. R. DRAGUET (CSCO 327, Lovaina 1972).

⁴¹ Sobre Nestorio, ver el artículo que le consagra E. AMAN en el *Dict. de Théologie Catholique* (DTC), t. XI, cols. 76 y ss. También es interesante el art. de E. TISSERANT, *L'Eglise nestorienne*, publicado en el mismo diccionario, t. XI, cols. 157 y ss. (especialmente las cols. 263–275).

⁴² Para el monofisismo ver: M. JUGIE, art. *Monophysisme* en DTC, t. X, cols. 2216 y ss.

Habitualmente los comentarios a cada uno de los *logoi* se inician con una introducción que, según los casos, explica el título del texto de Isaías, resuelve una cuestión literaria, determina el fin que perseguía el autor o subraya algún punto de la doctrina. Algunos *logoi* son explicados frase por frase, mientras que otros son comentados parcialmente. El buen comentarista, acostumbra a repetir una y otra vez. Dadiso, no se detiene en lo que está claro, explica brevemente lo que está un poco oscuro y se extiende en los pasajes muy difíciles o dudosos.

Dadiso es ante todo un buen filólogo. Consulta varios testimonios de la compilación siríaca y expone el sentido de sus variantes; define el sentido de los términos; le da importancia a la puntuación que gobierna la interpretación de algunos pasajes; y, aunque se preocupa de consultar a ciertas autoridades, trata de comprender a Isaías por Isaías mismo, relacionando los pasajes paralelos. Es evidente que tenía a su disposición una buena biblioteca ya que cita los Apotegmas según el Paraíso siríaco o colecciones anteriores; además conoce y cita la literatura macariana, las obras de Marcos el Ermitaño, la *Historia Lausiaca*, la *Historia de los Monjes de Egipto*, Evagrio, Atanasio, Teodoro de Mopsuestia, Juan Crisóstomo, Basilio, Teodoreto de Ciro, Juan el Vidente, y otros autores. Su erudición le ha dado un agudo sentido de la historia, que lo lleva a preocuparse por ubicar la doctrina del abad Isaías en el conjunto de la tradición ascética.

3. LA DOCTRINA ESPIRITUAL DEL COMENTARIO

Para Dadiso la obra del abad Isaías es un “sistema” de ascética y mística al que adhiere fervientemente y en el que se inspira todo su Comentario. Pero Dadiso es mucho más que un simple comentarista. Su obra es una verdadera síntesis espiritual, inspirada en los *logoi* del abad Isaías. Conviene, pues, aclarar cuáles son las principales ideas de tal sistema a fin de comprender en profundidad el aporte de este autor a la doctrina espiritual cristiana.

Al comentar el *Logoi XII* (5 en la versión griega), dice Dadiso en la introducción: “La perfección de la observancia es el amor de Dios y de los hombres”⁴³. La adquisición de este único amor de dos rostros que nos propone Cristo es la meta suprema de toda la enseñanza de Isaías; y en esto su comentarista lo sigue fielmente.

Para alcanzar esa meta se le propone al monje una observancia que comprende tres partes: trabajos corporales, la observancia del espíritu y la observancia o *theoria* según el Espíritu. El Espíritu Santo está presente en las tres etapas; ya se halla presente en el hombre desde el bautismo bien como Espíritu de penitencia y Espíritu Paráclito, bien como Espíritu paterno (que engendra) y materno (que alimenta). Por ello los textos hacen coincidir o suceder en el tiempo las diversas etapas, según las circunstancias. Dadiso sostiene que es peligroso pasar a la segunda sin haber cumplido la primera; y la tercera –en la cual el Espíritu Santo se hace presente de un modo especial– es la corona de las otras dos, pero no puede ser disociada de la segunda.

Los trabajos corporales y la observancia del espíritu son claramente definidos. Los primeros, prestaciones exteriores, son los ayunos, las vigilias, permanecer de pie en la oración, el *nazireato*, las genuflexiones, el trabajo manual, dormir en tierra, la lectura de la Biblia, las oraciones vocales, los cuidados que los jóvenes dispensan a los ancianos, etc. En un nivel superior se encuentra el trabajo del espíritu, que algunos ignoran o cuestionan sin necesidad y que otros son incapaces de llevar a cabo por la rudeza de su temperamento. Se trata de una actividad psicológica que consiste en luchar contra los pensamientos turbados por las pasiones, destruyéndolos en el mismo instante en que hacen su aparición en el corazón. Para ello se cuenta con el apoyo de la memoria constante de Dios y la oración incesante.

La observancia del espíritu, preparada por los trabajos corporales, permite acceder a la pureza de corazón. El monje no sólo ya no peca más, sino que comienza a sentirse libre de la inclinación al

⁴³ Citamos de acuerdo a la traducción de R. DRAGUET (CSCO 327, p. 125).

pecado. Entre las dos primeras observancias y la tercera, la pureza es como un gozne; es la condición necesaria de la *theoria* según el Espíritu, último estadio de la perfección que se puede alcanzar en esta vida.

La *theoria* según el Espíritu es un contacto íntimo con Dios. Y el alma lo recibe merced al progresivo alejamiento del pecado, que la obscurece y entorpece. Es una experiencia personal de tipo místico, una ascensión e iluminación que no puede expresarse en términos conceptuales. Recurriendo, tácita o explícitamente, a fórmulas bíblicas, Dadiso la presenta como una visión de Dios acompañada del sentimiento de la suavidad divina. La *theoria* según el Espíritu tiene una cierta similitud con una actividad psicológica, y por eso Dadiso la concibe como un conocimiento superior que se origina en estrecha relación con el discernimiento, también llamado según el Espíritu, del que goza el alma que ha alcanzado la pureza de corazón. El primer efecto de esa pureza consiste en que, una vez rotas las ataduras del pecado, el espíritu del hombre, viendo claro en sí mismo, discierne cada día delante de Dios lo que contiene su corazón y separa la virtud de la pasión. Su segundo efecto es que, en esa luz que se eleva en su espíritu, el hombre es favorecido con la visión de la gloria de Dios por una manifestación del Espíritu.

4. LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Al presentar esta traducción se aspira a cumplir la promesa formulada al publicar las Selecciones del *Asceticon* del abad Isaías⁴⁴. De esta forma numerosas sentencias podrán ser releídas y –tal vez– mejor comprendidas a la luz del Comentario de Dadiso. Se ha dejado de lado, en virtud de la extensión, el proyecto original de añadir textos paralelos de otras fuentes monásticas. Para facilitar la comprensión del Comentario ha parecido indispensable reproducir las sentencias o los pasajes que van a ser objeto de una explicación, efectuando –en ciertos casos– ligeras modificaciones a la traducción realizada en el año 1974. El número que encabeza cada sección corresponde a esa publicación y permite consultar las notas al texto, que se han colocado al final de la traducción.

Saltan a la vista las limitaciones de una versión que se basa en otra, algo así como una doble traición. Sin embargo, creo sinceramente que la divulgación de las riquezas del monacato sirio, hasta el presente casi desconocidas, compensará con creces las deficiencias de esta labor.

Quiero manifestar mi profunda gratitud al P. Mauro Matthei, osb, que tanto me alentó para llevar a buen término esta publicación y que también revisó el borrador haciéndome llegar importantes sugerencias. Vaya asimismo mi agradecimiento al Profesor René Draguet, que bondadosamente me autorizara a utilizar las traducciones por él publicadas. Este humilde trabajo quiere ser una muestra de reconocimiento a la tarea fecunda que ambos han realizado en favor de un mejor conocimiento del monacato primitivo.

Los Toldos – Argentina

TEXTO

I,1. *Vosotros que queréis habitar conmigo, escuchad en el nombre de Dios y que cada uno viva separadamente en su celda, en el temor de Dios.*

Es con razón que el abad Isaías comienza por tratar sobre el retiro y la permanencia en la celda. Esta, en efecto, es el horno en el que se funden todas las virtudes, el paraíso en el que se trenzan las coronas de justicia” (2 *Tm* 4,8), el lugar en el que las almas reposan al abrigo de la agitación de las pasiones, como un barco al abrigo de las tempestades.

⁴⁴ *Cuadernos Monásticos*, n. 31, 1974, pp. 589 y ss.

- 1,5. *Tened cada día la muerte ante los ojos, inquietaos por vuestra salida de este cuerpo y pensad cómo escaparéis de los poderes de las tinieblas, que saldrán a vuestro encuentro en los aires .y cómo podréis encontrar a Dios sin impedimento: considerad de antemano el día terrible de la sentencia y de la retribución de todas las obras, de todas las palabras y de todos los pensamientos de cada uno de nosotros. Porque: “Todas las cosas están desnudas y manifiestas a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuenta” (Hb 4,13).*

La salida del cuerpo, el enfrentamiento con los poderes de las tinieblas, es decir los demonios, y el encuentro con Dios de los que habla el abad Isaías tienen dos sentidos distintos. El Primer sentido hace referencia al abandono de las pasiones por parte del espíritu, según (la palabra de la Escritura): “Haz salir mi alma de la prisión” de las Pasiones malvadas “para que alabe tu nombre” (Sal 141,8); de modo que el espíritu no tropiece en el momento de la oración, con ningún obstáculo proveniente de los demonios y pueda llegar al encuentro de nuestro Señor y al encuentro de Dios, en la oración según el Espíritu, y pueda contemplar su manifestación.

(El segundo sentido) alude a la salida del alma fuera del cuerpo en el momento de la muerte, instante en que no deberá temer a los demonios que la enfrentarán cuando marche con los ángeles por el camino. También significa este segundo sentido la familiaridad de que gozará el alma en presencia de nuestro Señor cuando entre en el Paraíso.

II. 1,

- 1–3. *No quiero que ignoréis, hermanos, que al principio, cuando Dios creó al hombre, lo puso en el paraíso con sus facultades sanas y estables en su estado natural; pero cuando el hombre escuchó a su seductor, todas sus facultades fueron trocadas en un estado contrario a la naturaleza y entonces fue precipitado de su gloria.*

Nuestro Señor, por su gran amor, tuvo piedad del género humano: el Verbo hecho carne, es decir, el hombre perfecto, se hizo semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (Hb 4,14), para restablecer en su estado original, por (medio de) su santo cuerpo, lo que era contrario a la naturaleza; y teniendo piedad del hombre, lo hizo retornar al paraíso, reanimando a los que marchan sobre sus huellas y según los mandatos que él nos ha dado, para que pudieran vencer a aquellos que los habían arrojado de su gloria y enseñando un servicio santo y una ley pura, a fin de que el hombre se mantuviera en el estado natural en el que Dios lo había creado.

Aquel, pues, que quiera llegar a la conformidad con la naturaleza, suprima todos sus voluntades carnales, hasta recuperar el estado natural.

El Creador ha puesto en nuestra alma, desde el principio de la creación, tres fuerzas maestras para la práctica de la virtud: el deseo, el irascible y lo que los griegos llaman espíritu, el intelecto. Por el deseo amamos a Dios y a los hombres y deseamos todas las virtudes y las cosas buenas. Por el irascible nos irritamos contra las Pasiones, los demonios, el pecado y todo aquello que nos aleja del amor de Dios y del cumplimiento de su voluntad. Por el espíritu creemos en Dios, estamos seguros de sus promesas y poseemos el conocimiento de los seres espirituales. Es por esta fuerza espiritual, que reside en nosotros junto al libre albedrío, que nos es posible utilizar esas dos fuerzas del deseo y del irascible para el bien o para el mal. En efecto, todo bien y todo mal, la justicia y el pecado, se realizan en el hombre a través de esas tres fuerzas.

Ahora bien, la virtud se divide en dos partes: el cumplimiento de las cosas buenas y el conocimiento de la verdad. Asimismo todo mal se divide en dos: las obras malas y la ignorancia. Pero como en toda actividad realizada por el alma interviene el cuerpo, en razón de la unión del

alma y del cuerpo, el Creador ha unido el deseo y el irascible del cuerpo a los del alma, de manera que resulte un acto único y se reciba una única retribución. Así, mientras que la fuerza espiritual pertenece solamente al alma, porque el cuerpo no tiene fuerza espiritual, las dos fuerzas del deseo y del irascible del cuerpo están unidas al deseo y al irascible del alma en un ejercicio único. El fin que se propone el santo abad Isaías en este discurso es, pues, instruir a los solitarios sobre estas tres fuerzas y sobre su utilización, exponiendo, al mismo tiempo, cómo, cuando fuimos creados, las poseíamos en su pureza original, gracias a un don de nuestro Creador. Fuimos nosotros, por el relajamiento de nuestra voluntad y por el amor de las cosas concupiscibles, los que nos enfermamos y morimos a la vida según Dios, alejándonos de Él, hasta que vino nuestro Salvador Jesucristo que muriendo por nosotros nos devolvió la vida y la salud con los remedios de sus mandamientos. Habiendo recibido la salud de la vida según Dios por la Economía de nuestro Señor Jesucristo, ahora debemos evitar recaer en la enfermedad por causa de nuestras acciones vergonzosas y morir a la vida según Dios por la ignorancia de la verdad. Pero como mientras estamos en este mundo nuestros cuerpos son mortales y nuestras almas inestables, pecamos con facilidad si no estamos atentos. Dios nos ha dado un cuerpo sano, pero mortal y corruptible; será entonces gracias a nuestro esfuerzo que el cuerpo permanecerá sano, mientras que si somos negligentes se enfermará. Del mismo modo la naturaleza de nuestras almas y sus tres fuerzas las hemos recibido sanas, merced a un don de nuestro Creador, para la práctica perfecta de la virtud. Porque nuestro Creador ha querido que en este mundo seamos inestables y cambiantes, para que por el, ejercicio de nuestra racionalidad y la demostración de nuestro amor por nuestro Creador, manifestado en el celo por cumplir sus mandamientos, tengamos elementos para conocer la debilidad que nos hará comprender que somos seres creados, criaturas que tienen necesidad de su Creador. Si somos negligentes por causa del pecado enfermaremos, pero si somos diligentes permaneceremos en la salud de la justicia.

II. 1,

4. *Existe en el espíritu un deseo conforme a la naturaleza, y sin deseo de Dios no hay caridad; es por esto que Daniel es llamado “varón de deseos” (Dn 9,23). Pero el enemigo lo ha transformado en deseo vergonzoso, que nos mueve a codiciar todo lo que es impuro.*

Luego de haber iniciado el discurso con una introducción y una exposición referente a la división de las tres partes del alma: deseo, irascible y espíritu, ahora con gran maestría coloca esas tres fuerzas en el orden conveniente, exponiendo en primer lugar la fuerza del deseo, puesto que es por ella que en un principio nosotros deseamos la virtud: *“Existe en el espíritu un deseo conforme a la naturaleza”*.

II. 1,

6. *Existe en el espíritu una cólera conforme a la naturaleza y sin cólera no habría nada puro en el hombre, si no se irritase contra todo lo que el enemigo siembra en él (ver Mt 13,25); así Finés, hijo de Eleazar, inmoló al hombre y a la mujer cuando se encolerizó y la ira del Señor se apartó de su pueblo (ver Nm 25,7). Pero en nosotros esta cólera se transformó en irritación contra el prójimo por asuntos inútiles y sin sentido.*

A continuación ubica la fuerza irascible diciendo: *“Existe en el espíritu una cólera conforme a la naturaleza”*, porque cuando deseamos la virtud somos invadidos por las pasiones y los demonios, y entonces nos encolerizamos contra ellos.

II. 1,

8. *Existe en el espíritu un orgullo conforme a la naturaleza, que se ejerce contra la enemistad, y cuando Job lo experimentó injurió a sus enemigos diciéndoles: “Infames y despreciables,*

faltos de todo bien, no os estimo dignos de que os mezcléis con los perros de mis rebaños” (ver Jb 30,1. 4). Pero en nosotros este orgullo frente a los enemigos ha sido transformado: somos humillados ante nuestros adversarios y estamos llenos de orgullo los unos contra los otros, hiriéndonos mutuamente y justificándonos a expensas de nuestro prójimo, y a causa del orgullo Dios se convierte en enemigo del hombre (St 4,4–6).

En tercer lugar coloca la fuerza espiritual diciendo: *“Existe en el espíritu un orgullo conforme a la naturaleza que se practica contra la enemistad”*. Es claro, en efecto, que el pensamiento se piensa merced a la fuerza espiritual y no gracias al deseo o al irascible, y esto por dos razones: la primera, porque es por el conocimiento que se ordenan las otras dos fuerzas; la segunda, porque la “práctica” precede a la “teoría”. En efecto, es por su deseo y por su irascible que el solitario practica todas las virtudes referentes a la observancia, hasta que adquiere la pureza de corazón y, finalmente, comienza a penetrar en el conocimiento según el Espíritu. Por eso (Isaías) pone en primer lugar el deseo, luego el irascible y por último la fuerza espiritual.

II. 1,

5–7. *Existe en el espíritu un celo conforme a la naturaleza. y sin celo por Dios no hay ningún progreso, según lo que escribe el Apóstol: “Aspirad a los dones superiores” (1 Co 12,31). Pero este celo por Dios ha sido torcido contra la naturaleza, y nos impulsa a tener celos los unos de los otros, a envidiarnos y a engañarnos.*

Existe en el espíritu una cólera conforme a la naturaleza y sin cólera no habría nada puro en el hombre, si no se irritase contra lo que el enemigo siembra en él (ver Mt 13,25); así Finés, hijo de Eleazar, inmoló al hombre y a la mujer cuando se encolerizó y la ira del Señor se apartó de su pueblo (ver Nm 25,7). Pero en nosotros esta cólera se transformó en irritación contra el prójimo por asuntos inútiles y sin sentido.

Existe en el espíritu un odio conforme a la naturaleza, y cuando Elías lo sintió mató a los profetas de la vergüenza (1 R 18,40). De la misma manera actuó Samuel frente a Agag, rey de Amalec (1 S 15,33); y sin odio por la Enemistad el honor no se revela al alma (2 P 1,4). Pero en nosotros este odio se ha vuelto contra la naturaleza y nos hace odiar y despreciar al prójimo. Es este odio el que expulsa todas las virtudes.

Mientras que a las fuerzas del deseo y del espíritu (el abad Isaías) las presenta sin añadir otras explicaciones, la exposición de la fuerza irascible la incrementa con dos adiciones. En efecto, al párrafo sobre la cólera –que es el irascible– precede uno sobre la envidia y sigue otro sobre el odio; y esto no porque la envidia y el odio sean fuerzas del alma como el deseo, la cólera o el espíritu, sino porque son cualidades unidas a la fuerza irascible. Ha prolongado la exposición sobre la cólera mediante dos adiciones en razón de que en todo su libro es sobre el amor a los hermanos, más que ninguna otra virtud, que él instruye y exhorta, subrayando que sin la caridad el corazón todavía no se encuentra purificado y el hombre no puede ver a Dios ni gozar de su amor. Y ocurre que el irascible, la cólera, la envidia y el odio son destructoras del amor. Pero si dirigimos nuestro odio y nuestra cólera contra las pasiones y los demonios, podremos adquirir el amor al prójimo tal como lo ha dicho (el abad Isaías en otro discurso): “Aquel que se irrita contra los demonios, según lo afirma Mar Evagrio, está en paz con su hermano”. El abad Isaías ha añadido, pues, un suplemento a la exposición de la fuerza irascible para poner de relieve su belleza natural y su carácter despreciable cuando es contraria a la naturaleza.

II.2,

1. *El discernimiento une todas las cosas, las examina y desvirtúa el mal. Es imposible que llegues a tener discernimiento si no te pones a cultivarlo. En primer lugar es necesario el recogimiento: el recogimiento engendra la ascesis; la ascesis engendra las lágrimas; las lágrimas engendran el temor de Dios; el temor de Dios engendra la humildad; la humildad engendra la previsión: la*

previsión engendra la caridad y la caridad engendra el alma sana y exenta de pasiones. Y después de todo eso el hombre se da cuenta de que todavía está lejos de Dios.

(El abad Isaías) llama discernimiento al conocimiento según el Espíritu que se eleva en su propia luz por encima del corazón, después de haber practicado los mandamientos y haber combatido contra los pensamientos.

Después de mostrarnos que sin la ejecución de los mandamientos de Cristo, realizados a través del cuerpo y del alma no seremos favorecidos con el don del discernimiento, continúa diciendo: *“Es imposible que llegues a tener discernimiento si no te pones a cultivarlo”*. Con lo cual quiere manifestarnos que llama cultivo del discernimiento a los trabajos externos del cuerpo y a las prácticas interiores del alma, y que los trabajos del cuerpo preceden a los combates del espíritu. Luego cita, a título de ejemplo, siete mandamientos diciendo: *“En primer lugar es necesario el recogimiento, éste engendra la ascesis; la ascesis engendra las lágrimas; las lágrimas engendran el temor de Dios; el temor de Dios engendra la humildad; la humildad engendra la previsión; la previsión engendra la caridad y ésta engendra el alma sana y exenta de pasiones. Y después de todo eso el hombre se da cuenta que aun está lejos de Dios”*. (Isaías) quiere decir que es imposible que el hombre sea librado de las pasiones, que su corazón sea purificado de los malos pensamientos y que vea a nuestro Señor en una manifestación luminosa sin el discernimiento según el Espíritu. Pero cuando (el hombre) se eleva por encima del corazón en su propia luz, no solamente establece una gran diferencia entre el pecado y la justicia, sino que también reúne y participa todas las virtudes que se han enumerado, de un modo perfecto y puro, sin enfermedad y sin pasión, es decir sin enfermedad turbada por la pasión, como sucedía en otro tiempo cuando el hombre combatía para adquirir las virtudes mediante trabajos que no eran puros. Estas virtudes del alma no le son otorgadas en el reposo. La alegría y la perfección no se alcanzan sin trabajo y sin fatiga, sino luego de haber trabajado y luchado hasta adquirir las virtudes en el propio cuerpo, como dice el abad Macario: *“Si aún no posees la oración del Espíritu, lucha para adquirir la oración del cuerpo y entonces te será dada la oración según el Espíritu. Si no has alcanzado la humildad del alma, trabaja y lucha para lograr la humildad del cuerpo y entonces te será otorgada la humildad del corazón”*. Por eso el abad Isaías dice: *“En primer lugar es necesario el recogimiento, éste engendra la ascesis”*. Es decir que es imposible que alejes tu pensamiento de la distracción, que adquieras la tranquilidad y la calma de los pensamientos y que te proteja la fuerza de la soledad si ante todo no te esfuerzas en adquirir la soledad del cuerpo, que consiste en permanecer constantemente en la celda sin salir nunca, excepto el venerable día domingo, en razón de la importancia de este día que es el del Señor y el de la resurrección de nuestro Señor, y para recibir los misterios vivificantes.

“La ascesis engendra las lágrimas”. Si te esfuerzas en alcanzar la ascesis del cuerpo te será dada también la del alma. La ascesis del cuerpo es, según Mar Evagrio, no hartarse de pan, de agua y de sueño. Pero el abad Isaías la llama abnegación diciendo: *“La ascesis del cuerpo es la abnegación”*. En cuanto a la ascesis del alma, según el bienaventurado Basilio, consiste en alimentar constantemente el alma con el recuerdo de Dios. Lo que se logra cuando se le niega al vientre del alma el alimento de los pensamientos y de las preocupaciones mundanas. Esto es lo que el abad Isaías llama ascesis del alma cuando dice: *“La ascesis del alma es odiar la distracción”*, es decir la divagación de los pensamientos y la ensoñación de las pasiones.

“Las Lágrimas engendran el temor de Dios”. Si deseas adquirir el don de lágrimas déjalas aflorar en todo momento, en el sufrimiento y en la tristeza, en la alegría, en la misericordia y en la indulgencia. Pero ante todo lucha y haz sufrir a tu corazón con el recuerdo de tus pecados, del juicio y de la Gehena, derrama lágrimas y llora pues entonces manará del interior de tu corazón una fuente de misericordia, las lágrimas que brotan de la gracia.

“El temor de Dios engendra la humildad”. Si deseas temer a Dios como el bienaventurado David que dijo: *“Domina mi carne con tu temor; yo temo, Señor, tus juicios”* (Sal 118,120), que el recuerdo constante de los tormentos, de los suplicios y de la Gehena esté grabado en tu espíritu como si se tratase de una imagen. Acostúmbrate a meditar continuamente los accidentes y pruebas que has padecido y que padecerás en este mundo por la justicia de Dios, teme y tiembla considerando que te

han ocurrido a causa de tus pecados y tus pasiones, por la rectitud de los juicios de Dios, y no por accidente o para probarte, como lo afirma el bienaventurado Juan el Vidente: “Los dolores, las enfermedades, las pruebas y las correcciones que caen sobre el solitario antes que alcance la perfección en la soledad tienen su origen en las pasiones del solitario; cuando se libere de sus pasiones, en la soledad, también será liberado de esas pruebas, por la gracia de Cristo”.

“La humildad engendra la previsión”. Es lo que dice el abad Macario: “Si no posees la humildad de espíritu, lucha y adquiere la del cuerpo y entonces te será concedida la humildad del alma”. La humildad del cuerpo se adquiere observando celosamente los quince mandamientos propuestos por el abad Isaías en el discurso sobre la humildad: “El silencio, el no estimarse a sí mismo, el no amar las controversias, la sumisión, la modestia en la mirada, tener la muerte ante los ojos, huir de la mentira, no tener conversaciones inútiles, no contradecir a un superior, no tratar de imponer su punto de vista, soportar el insulto, odiar el reposo, amar el trabajo, estar atento para restringir la voluntad propia y no irritarse”. Tal es la humildad del cuerpo que conviene a los debutantes. En cuanto a la humildad del alma, la de los perfectos, no puede ser expresada correctamente por la lengua, ni descrita por la pluma, sólo la conoce quien la posee. Esta humildad, en efecto, le permite a quien la ha alcanzado llegar al grado más, alto de la perfecta justicia, en el cual (el monje) se considera pecador e incapaz de hacer nada bueno ante Dios y acepta que todo hombre es mejor que él, aun los pecadores y las prostitutas, y todo esto lo piensa sin fingimiento. ¿Quién puede, entonces, discurrir sobre esta humildad con palabras o por escrito? Es por eso que los Padres la definen como la perfección y la consumación del monaquismo. Así, por ejemplo, ese, “vaso de elección” (ver *Hch* 9,15) del desierto, el abad Sisoos el Tebaino, interrogado sobre cuál era la perfección del solitario respondió: “La humildad”. Es decir que si el solitario alcanza la humildad llega a la perfección, ya que de acuerdo con la palabra de nuestro Señor nosotros reconocemos que todo reposo y consolación según el Espíritu, toda tranquilidad y paz respecto de las guerras contra las pasiones y los demonios a las cuales llega el solitario en el tiempo de la impasibilidad mística de aquí abajo, es por la humildad perfecta que las alcanza. El Señor dice en efecto: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el reposo para vuestras almas” (*Mt* 11,29)...

“La previsión engendra la caridad y ésta engendra el alma sana y exenta de pasiones”. Es claro que la caridad perfecta es verdadera sólo para Dios, mientras que para los hombres su adquisición cierra la adquisición de todas las virtudes, porque ella “es la plenitud de la ley” (*Rm* 13,10), según lo afirma el bienaventurado Apóstol. Es de ella que dependen “el Pentateuco y los Profetas” (*Mt* 22,40), según lo que dice nuestro Señor. Si ante todo, con esfuerzo y trabajo, te aplicas para adquirirla y soportas en la soledad todos los obstáculos que se te oponen, podrás poseerla perfecta y puramente sin la enfermedad de las pasiones que te aquejaba en los antiguos tiempos de guerra. Lo que (el abad Isaías) llama “*sin enfermedad y exenta de pasiones*”, por la gracia de nuestro Señor, es esto: que tú parezcas estar siempre en la agradable alegría de su Paraíso de caridad. Las palabras “*sana y exenta de pasiones*” por el sentido no solamente se refieren a la caridad sino también a todas las demás virtudes. El abad Isaías quiere decir que no poseerás perfectamente las virtudes en el reposo, la alegría y el gozo si antes no te esfuerzas en practicarlas, aunque sea de una manera enfermiza y turbada por las pasiones, a causa de tu condición de principiante, de tu ignorancia y de las guerras de los demonios contra ti.

“Y después de todo esto el hombre se da cuenta de que todavía está lejos de Dios”. Esto quiere decir que después de haber trabajado en la soledad, de haber adquirido todas las virtudes, y de sentir que el discernimiento se eleva en su propia luz, todavía se ve lejos de Dios, es decir muy alejado de la pureza propia de Dios. El discernimiento es una luz de conocimiento, cuando se eleva por encima del alma huyen lejos de ella las tinieblas del olvido y puede tener siempre presente el recuerdo de todo su trabajo, desde el principio al fin. Y como en todo momento el hombre mantiene en su espíritu el recuerdo de lo pasado, de sus deficiencias, de sus debilidades, de sus primeras faltas y la irritación que provocó en Dios con su negligencia primera, por eso su alma permanece siempre humilde y contrita, viéndose lejos de la pureza de Dios, teniendo vergüenza de levantar la mirada hacia Dios, a causa del recuerdo constante de su pasado. Esta idea

ha sido expuesta por el abad Isaías en estos términos: *“Mientras que el hombre es negligente sus pensamientos lo persuaden de que está cerca de Dios, pero cuando se libera de las pasiones siente vergüenza de levantar la mirada hacia Dios porque no puede comportarse como Dios lo desea. Pero si la misericordia de Dios lo alcanza, el (hombre) lo glorifica en todo tiempo y se ve lejos de él”*. Tal hombre siempre tiene en su espíritu la contrición y la alegría: manteniendo la compunción o sea el recuerdo del pasado, se alegra por todo aquello con que ha sido favorecido por la misericordia. Así permanece constantemente en humildad perfecta.

II. 2,

7. *“El árbol se conoce por sus Frutos” (Mt 12,33): el espíritu reconoce así sus pensamientos por su contemplación Y el alma racional se conoce a sí misma por su contemplación. Pero no pienses que has llegado a la impasibilidad mientras el pecado te seduce; no pienses que eres libre mientras desees todavía alguna cosa de este mundo.*

Así como la bondad de un buen árbol se conoce por sus frutos, así también la belleza de un alma virtuosa se conoce por la pureza de sus pensamientos y por la vigilancia de su espíritu. Mientras que tu alma reciba los pensamientos pecaminosos que se agitan en ella, aún no ha llegado a la impasibilidad.

II, 2,

9. *Ama toda austeridad y tus pasiones serán humilladas.*

Mientras seas un principiante y no hayas llegado a los trabajos del espíritu (característicos) de los ancianos y de la santidad, acostúmbrate a los trabajos corporales tales como: el ayuno, la vigilia, el *nazireato*, dormir por tierra, las genuflexiones abundantes y las postraciones, para que por medio de tales trabajos se debilite la virulencia del cuerpo y tus pasiones sean humilladas por la fuerza divina escondida en la práctica de estos mandamientos.

II.2,

10. *Hay tres virtudes que, si el espíritu las descubre en sí, puede estar seguro de haber alcanzado la inmortalidad: el discernimiento, que distingue una cosa de otra; prever todo de antemano y no consentir en nada extraño (al estado de monje).*

Aunque el discernimiento y distinguir una cosa de otra sean considerados como una misma cosa, hay sin embargo una gran diferencia entre las dos. El discernimiento es una luz espiritual que se eleva en el espíritu y gracias a la cual el ermitaño puede distinguir una cosa de otra, como lo dice el bienaventurado Marcos el Ermitaño: *“La luz del alma es el conocimiento de la verdad, cuando ésta se levanta en el alma huyen las tinieblas del olvido”*. Entonces el alma puede distinguir las cosas malas de las buenas y las cosas extrañas de las propias. El bienaventurado Evagrio dice sobre este discernimiento: *“Del mismo modo que la sabiduría juzga convenientemente los conocimientos de las cosas corporales, así también el discernimiento, dientes de serpiente clavados en el espíritu, tiene la misión de separar los pensamientos santos de los impuros y los puros de los manchados. Y enseña la técnica de los demonios ridículos que se disfrazan con las formas de los sentidos y del recuerdo para extraviar el alma que corre hacia el conocimiento de Cristo”*.

Prever de antemano todo y no consentir en nada extraño (al estado de monje). El abad Isaías dice esto de la vista clara y despierta que, adquiere el espíritu gracias a la luz del discernimiento, lo que le permite darse cuenta y ver por adelantado todos los pensamientos que le enviarán los demonios

enemigos. Esto, en efecto, es semejante a lo que afirma en otros discursos: “Fijar la mirada sobre las cosas que vienen” y también: “La limosna hecha con sabiduría engendra la previsión”.

Por último, el abad Isaías llama *inmortalidad* a la impasibilidad.

II.2,

11. *Hay tres virtudes que vigilan continuamente sobre el espíritu y que éste necesita: la cólera natural, el coraje viril y la decisión.*

Llama cólera natural al rápido movimiento del irascible, movimiento propio del alma que la impulsa a obrar con violencia contra las excitaciones de los demonios y los pensamientos turbados por las pasiones con el fin de destruirlos y eliminarlos del corazón. Es a esto que el abad Isaías llama corazón, en otro discurso, diciendo: *La virilidad del corazón es una ayuda para el alma, después de Dios.* A esta cólera natural Evagrio la denomina *perro* diciendo: “El perro de la ley de Dios es el espíritu dotado de la vista y que por la movilidad de su celo, persigue todos los malos pensamientos”.

II.2,

12. *Hay cuatro virtudes que purifican el alma: el silencio, la observancia de los mandamientos, la autorestricción y la humildad.*

La *autorestricción* en otro discurso el abad Isaías la llama *ascesis* diciendo: *La ascesis del cuerpo es la abnegación; la del alma consiste en odiar la distracción.*

II.2,

13. *El espíritu necesita continuamente las cuatro virtudes siguientes: orar a Dios, prosternarse ante Él sin cesar, no preocuparse de lo que hacen los demás para no juzgarlos y hacerse el sordo ante el clamor de las pasiones.*

Orar a Dios: el abad Isaías se refiere a la oración sin cesar.

Postrarse ante Él sin cesar: se refiere a las genuflexiones frecuentes y numerosas.

II.2,

18. *Sé perseverante en todo esto, pues la fatiga, la pobreza, el estado de extranjero, la austeridad y el silencio engendran la humildad, y la humildad perdona todo pecado.*

El abad Isaías llama *fatiga* a los trabajos, *pobreza* a la abnegación, *estado de extranjero* al hecho de ser desconocido en el lugar donde se habita y *silencio* al acto de decir solamente las cosas imprescindibles, cuando es necesario.

II.3,

- 1 *Hay tres cosas que dominan al alma mientras ella no haya alcanzado una gran perfección, y que no permiten que las virtudes cohabiten con el espíritu: la cautividad de los malos pensamientos, la pereza y el olvido. El olvido, en efecto, combate contra el hombre hasta su último suspiro, obligándolo a luchar; es más fuerte que todos los pensamientos, engendra todas las maldades, y destruye en todo momento lo que el hombre ha edificado.*

La *pereza* cada uno sabe lo que es.

Denomina *cautividad* al vagabundeo frecuente y prolongado del espíritu, que toma cuerpo no sólo por la relajación del espíritu, sino también a causa de la tremenda violencia de la guerra que los demonios le hacen.

Por *olvido* entiende la desaprensión y el desconocimiento del espíritu del recuerdo constante de nuestro Señor Jesús y del amor hacia El, de su pensamiento y de sus bienes, a lo que se suma el olvido de la oración incesante y sin distracción y de todas las demás virtudes que nacen de la oración. Al decir que *el olvido combate en el hombre hasta su último suspiro, obligándolo a luchar y que es más fuerte que todos los pensamientos, engendra todas las maldades, y destruye en todo momento lo que el hombre ha edificado* tiene, pues, plena razón. Cuando, en efecto, el solitario ha llegado, gracias a la soledad, a subir los escalones de las virtudes y ha alcanzado el elevado peldaño del recogimiento del espíritu, del recuerdo constante de Cristo y del pensamiento de Dios; cuando el solitario ha alcanzado la observancia espiritual y espera llegar por medio de ella a la pureza de corazón que ve a Dios, este trabajo se le antoja muy difícil, porque cuando el espíritu permanece recogido y tiene siempre presente el recuerdo de Dios, entonces sin descanso los demonios perversos y amargos lo obligan a vagabundear y le cortan el recuerdo de Dios.

Cuando afirma que el olvido *destruye en todo momento lo que el hombre ha edificado* quiere decir, pues, que en todo momento el espíritu une su pensamiento al del amor de Dios, pero a cada instante los demonios lo obstaculizan por medio del olvido y la distracción.

Si el olvido también *es el generador de todas las maldades* se debe a que cuando el corazón deja a un lado el recuerdo de Dios inmediatamente acepta el recuerdo de las cosas y el pensamiento de las pasiones.

II.3,

3. *Cuatro cosas transforman el alma en un desierto: ir de un lugar a otro, amar las distracciones, amar los objetos materiales y ser avaro.*

El abad Isaiás llama avaricia a la acción de dar alguna cosa a un indigente, pero negándole lo necesario, es decir que se le da poco e insuficiente porque el corazón no arde de misericordia, (contrariamente a lo que dice la Escritura): “Tú no me has negado a tu hijo único” (Gn 22,16; Rm 8,34). El bienaventurado Pablo menciona la “siembra con avaricia” diciendo: “Aquel que siembra mezquinamente recogerá poco, porque Dios ama al que da con alegría (2 Co 9,6 ss.).

II.3,

10. *Sé vigilante, hermano, contra el espíritu que trae al hombre la tristeza, pues numerosas son sus trampas para dejarte por fin sin fuerzas. La tristeza según Dios es alegría, porque ves que permaneces en su voluntad. Pero el que te dice: “¿Adónde puedes huir? ¡No hay remedio para ti!”, pertenece al poder enemigo y empuja al hombre a abandonar la ascesis. La tristeza según Dios, por el contrario, no ataca al hombre, sino que le dice: “¡No tengas miedo, anda, otra vez!”. Pues Dios sabe que el hombre es incapaz, pero El le da fuerzas. Ten un corazón viril frente a tus pensamientos (de tristeza) y ellos huirán lejos de ti, mientras hacen crujir bajo su peso a aquel que los teme. El que tiene miedo de las maquinaciones del demonio muestra que carece de fe en Dios; pero el que se arroja a los pies de Jesús de todo corazón, lo resistirá con firmeza.*

Si has servido a Dios por medio de los trabajos de la penitencia y has pedido perdón por los pecados que has cometido en el mundo, pero todavía eres negligente en tu observancia y una pasión te domina, ten cuidado si algún día la gracia te visita y te invita a sacudir y romper el yugo de la negligencia que llevabas y, movido por el temor del mundo futuro, te aplicas en los trabajos difíciles y estrictos de la penitencia que aplaca a Dios, vigila, no sea que el demonio de la tristeza introduzca en tu corazón el recuerdo del pasado. Tal cosa te haría abandonar la constancia, te arrastraría a desesperar del perdón de los pecados y te llevaría a pensar interior o exteriormente: “No tienes salvación, ya no hay penitencia que valga para ti, te espera la Gehena”. Esta guerra, en efecto, los diablos insolentes e

impuros la hacen no solamente contra los hermanos negligentes que hacen penitencia, como fue el caso de aquel hermano encerrado en un sepulcro y que había cometido muchos pecados en el mundo, sino también contra los padres santos y perfectos, tales como el abad Isidoro y los que se le parecen. A este último los demonios le dijeron cierto día: “Después de tantos trabajos tu morada será la Gehena”, pero él sabiamente les respondió: “Si eso ocurre los tiraré debajo de mis pies”. Por eso el abad Isaías prosigue diciendo: *“Ten un corazón viril frente a tus pensamientos (de tristeza) y ellos huirán lejos de ti, mientras que hacen crujir bajo su peso a aquel que los teme”*. Es decir, que cuando los demonios, exteriormente, por los sentidos, o, interiormente, por los pensamientos, te hacen la guerra para que al recordar tus pecados pasados o tus faltas de cada día desesperes, o bien respóndeles virilmente como Isidoro, o bien mantén firme tu esperanza en tu Señor que ama a los que hacen penitencias, y conserva la calma. Pero no les temas y vigila para no ser arrastrado a la tristeza, no sea que una pena excesiva te lleve al descorazonamiento y este te haga caer en la desesperación, pues a los que tienen miedo los demonios los hacen crujir bajo su peso como lo afirma san Evagrio: “Cuando el monje no puede enfrentarse con los pensamientos que lo presionan entonces su espíritu sufrirá los daños”. Por tanto, no nos debemos angustiar al extremo por nuestros pecados, sino que nuestra tristeza debe estar dirigida por la medida y el discernimiento; porque los demonios son astutos y amargos, y además suelen imitar la alegría de nuestro Señor y la tristeza que conviene para nuestros pecados. Por eso el abad Isaías nos enseña las características de la tristeza según Dios y lo que la diferencia de la tristeza que viene de Satanás diciendo: *“La tristeza según Dios no ataca al hombre. Es decir que no violenta el espíritu del solitario para hacerlo descender a la fosa de la desesperación, sino que le dice: No tengas miedo, anda, empieza otra vez, le habla al oído del corazón y lo anima diciéndole: Haz penitencia de acuerdo a tus fuerzas, aunque tu penitencia sea enfermiza y débil Dios verá tu corazón y tu voluntad y te retribuirá según tu corazón, como lo ha dicho el profeta del Espíritu: El Señor te dará según tu corazón y no según tus obras. Si tu corazón es defectuoso y pobre, débil y enfermo, pero Él ve tu intención manifestada en una voluntad recta, buena y bien dispuesta, te dará la fuerza y sanará tu penitencia, como lo ha prometido diciendo: Hagan penitencia, hijos de la penitencia, y yo sanaré su penitencia. Con esto nos quiere decir: ustedes comiencen con sinceridad su penitencia, si ella está enferma yo la curaré, si es débil yo la haré fuerte, si es pequeña yo la haré crecer”*.

El abad Isaías dice más adelante: *“El que tiene miedo de las maquinaciones del demonio muestra que carece de fe en Dios”*. Si tú te has entregado a Dios, si tienes confianza en sus promesas y guardas sus mandamientos, no debes temer a los demonios ni a los diablos, ni las maquinaciones que realizan por medio de los pensamientos, de los sentidos o de los magos. Ese temor no perturbará a aquel cuya alma esté afianzada en el amor divino y haya tenido una experiencia del socorro divino que, por la fe y esperanza en Dios, da coraje a su espíritu.

II.3,

22. *Enseña a tu lengua con sabiduría las palabras de Dios y la mentira se alejará de ti. Amar la gloria humana engendra la mentira y rehuir esa gloria en la humildad aumenta el temor de Dios en tu corazón. No desees llegar a ser amigo de los grandes de este mundo, no sea que (el sentido de) la gloria de Dios se debilite en ti.*

No desees llegar a ser amigo de los grandes de este mundo, no sea que (el sentido) de la gloria de Dios se debilite en ti. En otro discurso el abad Isaías dice: *“Mezclarse con los hombres del mundo produce la turbación del corazón y lo humilla cuando reza a Dios. Y en otro discurso dice: Si corres en pos de los ricos de este mundo deseando obtener su amistad, es señal de que todavía no posees la compunción.* Por último, en el discurso séptimo afirma: *Cuatro cosas ensucian el alma: pasearse por la ciudad sin controlar las miradas, tener relaciones con una mujer, tener amistad con los poderosos de este mundo y amar las conversaciones carnales y vanas.* Para el solitario vigilante, trabajador y amante de la soledad es muy perjudicial tener una relación continua con hombres y mujeres ricos. ... Por eso el bienaventurado Mar Babai el Nisibita dice: *“Si un rico se te acerca, aléjate de él y apártate de las relaciones con los nobles”*.

11.4,

- 1 *Callarte para no revelar tus pensamientos es señal de que buscas el honor del mundo y su gloria vergonzosa; mientras que el que tiene la sinceridad de revelar sus pensamientos a sus padres (espirituales), los arroja lejos de sí.*

Al igual que es perjudicial para un hermano revelar sus pensamientos y su debilidad a un hombre sin discernimiento, asimismo le es perjudicial esconder sus pensamientos y sus faltas a un padre y doctor. Lo primero manifiesta una falta de sabiduría; lo segundo, el amor de la gloria pasajera.

11.4,

3. *No escondas ningún pensamiento, ninguna tribulación, ninguna voluntad propia, ninguna sospecha, sino revélalos libremente a tu abad y esfuérzate en cumplir con fe todo lo que oigas de él.*

Esto es lo que el abad Isaías quiere decir: si desean escapar de las trampas que constantemente les ponen los demonios para hacerlos caer, con toda la libertad que conviene a los hijos respecto de sus padres manifiéstenseles y descúbranles los pensamientos sembrados en ustedes, no solamente los malos sino también los buenos. No escondan absolutamente nada a sus mayores ascetas y *gnósticos* que conocen las maniobras de las guerras de las pasiones de los demonios. Manifiéstenseles todo lo que hay en su interior para que de ese modo puedan escapar de las celadas de los demonios. Lo que les digan sus padres recíbanlo y cúmplalo con fe, humildad y obediencia, y serán salvados. En el decimoprimer discurso el abad Isaías dice: *“No hay cosa que alegre más a los demonios que; un hombre que calla sus pensamientos, sean buenos o malos. Y en el discurso decimoquinto afirma: Callarte para no revelar tus pensamientos es señal de que buscas el honor del mundo y su gloria vergonzosa; mientras que el que tiene la sinceridad de revelar sus pensamientos a sus padres (espirituales) los arroja lejos de sí. Y en otro lugar también dice: Revela tus pensamientos a tus padres (espirituales) para que la gracia de Dios te proteja.* Por eso las guerras y las faltas de los hermanos los padres sólo permiten que sean manifestadas a un mayor sabio, misericordioso, con experiencia en los combates (contra el demonio) y capaz de guardar el secreto, y que además en razón de su virtud y humildad no esté *afectado* por las faltas humanas. Frente a otros ancianos por el contrario hay que callar.

II.4,

4. *No debes descubrir tus pensamientos a todo el mundo, sino solamente a tus padres espirituales, a fin de no, entristecer tu corazón.*

Hay mayores simples por temperamento y que aún no están ejercitados en todos los combates de la soledad; estos se turban y escandalizan cuando los hermanos les manifiestan sus pensamientos y por eso, a veces, tales ancianos publican los pensamientos que se les han confiado. A estos venerables los hermanos no deben manifestarles sus pensamientos y sus guerras, sino solamente pedirles una oración de asistencia. Que revelen sus combates a ancianos graves y con experiencia, de los cuales crean que guardarán el secreto y que, en virtud de su perfección, no se escandalizarán por lo que les revelen; así lo afirma el abad Isaías en otro discurso: *Si interrogas a un anciano sobre un pensamiento, descríbeselo con libertad, si sabes que es digno de confianza y mantendrá el secreto de lo que le has dicho.*

II.4,

5. *No reveles tus pensamientos a todo el mundo, para no escandalizar a tu prójimo. Revela tus pensamientos a tus padres (espirituales), para que la gracia de Dios te proteja.*

Los combates que experimentes en tu interior, sobre todo el de la fornicación y el de la blasfemia, manifiéstalos sólo a ancianos experimentados, avezados y sabios, pero no los reveles a adolescentes de tu misma condición, porque no sólo no te ayudarán, sino que se causarán daño

mutuamente. Sucederá, en efecto, que las guerras que todavía no han experimentado las sufrirán por tu causa, y como aún no tienen suficiente experiencia en la ascesis y sus combates, se escandalizarán por tu causa y se turbarán, porque son muy jóvenes y poco virtuosos. Terminarán entonces por descubrir tus pensamientos a otros.

Revela tus pensamientos a tus padres (espirituales) para que la gracia de Dios te proteja. En efecto, es la fuerza de su oración, su consejo y el hecho de que tú ejecutes con obediencia y fe sus preceptos lo que te protegerá de los demonios y sus guerras.

II.4,

11. *Si vives con alguien que es tu superior no debes hacer una obra de beneficencia con un pobre sin consultarlo previamente; no lo hagas a escondidas.*

El abad Isaías hace esta monición por dos razones: la primera, para evitar que con el pretexto de amor al pobre no se distribuya lo necesario para la subsistencia del superior, obligándolo a pasar estrecheces. La segunda, para evitar que habituándose a esconder a sus padres (espirituales) sus acciones y pensamientos, buenos y malos, los demonios lo engañen y lo hagan caer.

II.5,

4. *La humildad consiste en considerar que uno es pecador y que no hace nada bueno ante Dios.*

Por medio de estas frases el abad Isaías nos instruye acabadamente sobre todo lo referente a la humildad delante de Dios. En efecto, cuando un solitario justo se ha elevado y ha alcanzado, por medio de su ascesis, la cúspide de la torre de la perfección y de las observancias gloriosas; cuando ha guardado, cumplido y realizado todos los mandamientos de nuestro Señor; cuando ha trabajado y luchado en combate singular contra las pasiones y los demonios; cuando ha soportado todos los trabajos y pruebas por amor de Dios; cuando ha sido favorecido por revelaciones divinas y por la sabiduría según el Espíritu; cuando ha sido exaltado y adornado por la realización de prodigios y milagros y cuando, después de todos estos triunfos, se considera un pecador y está convencido de no haber hecho ni una sola cosa buena delante de Dios, entonces es verdaderamente humilde, como esos verdaderos humildes que eran Pedro y Pablo. Así Pedro exclamaba: “Aléjate de mí que soy un pecador” (Lc 5,8). Y Pablo se estimaba “el primero de todos los pecadores” (ver Ga 1,13). Igualmente el bienaventurado Evagrio ha escrito de la humildad diciendo: “Es por causa de la humildad que la Malicia es impotente frente al cristiano. Pues quien de la humildad está armado y progresa en la virtud se considera, sin embargo, el más miserable de todos los hombres”.

II.5,

9. *Los efectos de la humildad son el silencio, no estimarse a sí mismo, no amar las controversias, la sumisión, la modestia de la mirada, tener la muerte ante los ojos, huir de la mentira, no mantener conversaciones inútiles, no contradecir a un superior, no tratar de imponer su punto de vista, soportar el insulto, odiar el reposo, amar el trabajo, estar atento para restringir la voluntad propia y no irritarse.*

Después de habernos instruido sobre la humildad para con Dios, al principio del discurso, ahora el abad Isaías nos enseña cuál es la humildad con respecto de los hombres diciendo: *Los efectos de la humildad son: el silencio...* Es un gran acierto que haya puesto el silencio como principio y fundamento de todas las cosas por las que se ejercita la humildad delante de Dios y de

los hombres, porque sin el silencio es imposible que el hombre sea verdaderamente humilde en sus conocimientos, en sus pensamientos y en sus acciones. La humildad verdadera es la del espíritu como nos lo enseña nuestro Señor: “Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11,29), y sin el silencio no se alcanza la humildad del espíritu. Las obras ascéticas que se realizan exteriormente humillan solamente al cuerpo, pero no al espíritu, porque este acostumbra a vagabundear. Es decir, que el espíritu que vagabundea en las relaciones con los hombres y en las acciones corporales no puede estar atento a sí mismo, reconocer las enfermedades de su alma, tomar conciencia de su debilidad y purificarse. Sólo cuando el solitario permanece en la soledad (=silencio) y, a través de los trabajos corporales del ayuno, de la vigilia, de la oración y otros semejantes, humilla su cuerpo y se esfuerza por controlar su espíritu comienza, poco a poco a conocer y sentir la gran oscuridad de las numerosas pasiones que alberga en su alma y que ahora reconoce con exactitud. Además experimenta, en combates y luchas prolongadas con los pensamientos turbados por las pasiones y con las incitaciones de los demonios, la debilidad de su naturaleza y que sin la ayuda de Dios no puede ni mover un dedo en la lucha contra las pasiones y los demonios. En la medida en que nuestro Señor le concede su auxilio y su fuerza y lo hace ascender a la cima de la virtud, en esa misma medida el solitario debe hacer descender su alma a las profundidades de la humildad: humillando su espíritu delante de Dios e implorando sin cesar su misericordia y su ayuda. Y esto sucede porque, gracias al silencio, el solitario está en condiciones de verse a sí mismo en todo momento y de considerar sus antiguos pecados y sus faltas cotidianas. A tal punto que ya no puede acordarse de los pecados de los demás hombres, sino que, su alma lo sitúa por debajo de todos los hombres y estima que todo hombre es mejor que él. Así no se enaltece ni frente a Dios ni frente a “su imagen” (Gn 1,26), sino que permanece en un verdadero estado de humildad delante de Dios y de los hombres.

Después de habernos instruido sobre la humildad delante de Dios y sobre la grandeza del silencio, que ha establecido como principio y fundamento de todas las obras de las que está constituida la humildad respecto de Dios y de los hombres, al abad Isaías prosigue tratando de todas las virtudes por las que está formada y se adquiere la humildad frente a los hombres.

No estimarse a sí mismo. Esto es lo que había dicho el abad Macario: “La humildad consiste en considerarse más pequeño e insignificante que todo hombre”.

No amar las controversias. Es decir, no discutir con ninguna persona queriendo mantener e imponer la propia voluntad.

La sumisión es una obediencia total a todo hombre, principalmente a los superiores y jefes, padres (espirituales) y venerables.

La modestia de la mirada. Vigilar las miradas y tener los ojos clavados en tierra engendra la humildad.

Tener la muerte ante los ojos. Nada nos libra tanto de los pecados, nos aleja de la Enemistad y nos permite alcanzar la humildad y la compunción como el recuerdo constante de la muerte. “Acuérdate de la muerte y rechaza la Enemistad, el *Sheol* y la perdición y abstente de pecar” (Si 28,6), dice el sabio.

Huir de la mentira. Si un hermano principiante acostumbra su lengua a la mentira adquiere el engaño y el orgullo.

No mantener conversaciones inútiles. Las conversaciones inútiles expulsan del hermano principiante la vigilancia del corazón y de la boca, haciéndola inactiva y frívola.

No contradecir al superior. Esto, en efecto, arranca la humildad y planta el orgullo en el monje. Es el caso del insolente Caín que le replicó a Dios con descaro y orgullo.

No tratar de imponer su punto de vista. Sobre este punto el abad Isaías advierte en varios lugares.

Soportar el insulto. Esto permite alcanzar la humildad. Si con sabiduría y discernimiento el solitario se acostumbra a soportar voluntariamente el insulto y el desprecio, rápidamente se llega a la perfección y se goza del consuelo de la humildad.

Odiar el reposo. El hermano principiante que ama el reposo, la pereza y el vagabundeo fuera del monasterio no adquiere la reserva y no alcanza la humildad del espíritu ni la del cuerpo.

Amar el trabajo. Quien se acostumbra a los trabajos corporales llega a tener un cuerpo humilde y el que se acostumbra a los trabajos del espíritu alcanza la humildad del corazón porque la verdadera humildad está constituida por los trabajos realizados con sabiduría, discernimiento y obediencia a los Padres.

Estar atento para restringir la voluntad propia. Con razón escribe el abad Isaías estar atento porque la restricción de la voluntad propia es tarea ardua y tan difícil; consiste en hallar esa virtud que, desde el momento que se la adquiere, ya se posee junto con ella la humildad. El bienaventurado Isaías califica, en efecto, de *Judío* perfecto al hermano principiante que mantiene su voluntad, discute y pelea con los demás.

No irritarse. La cólera está totalmente fuera de lugar en un hermano principiante puesto que no debe irritarse ni contra sus Padres ni tampoco contra sus hermanos. A los Padres más ancianos, según lo que dice el bienaventurado Evagrio, no debe echarles en cara las tribulaciones que sufren a causa de las fatigas, de los combates, de la debilidad de su cuerpo y de la ancianidad. A los otros hermanos principiantes no debe molestarlos porque habitualmente sufren los combates del cuerpo, porque no se ven turbados por los combates interiores y porque no son muy trabajadores a pesar de no ser ni débiles ni ancianos. De tal modo que los solitarios no deben tener ninguna razón que los empuje a la cólera. Y si se acostumbran a estar enojados e irritarse ni siquiera alcanzarán la humildad del cuerpo.

Excitando, animando y exhortando al hermano principiante a ser, desde el comienzo de su aprendizaje, perseverante y celoso en la práctica de las virtudes que constituyen la humildad, para que el alma no se convierta en “domicilio de las pasiones” (*Mt 12,44; Ap 18,2*) y se encuentre vacía de la humildad y otros frutos del Espíritu, dice el abad Isaías: *Aplicate, hermano mío, para cumplir estrictamente estos mandamientos, para que tu alma no se transforme en la residencia de las pasiones, por el contrario sé vigilante en todo lo que se relacione con las pasiones para que no termines tu existencia sin frutos.*

A Dios sea la gloria y que Él nos conceda una humildad perfecta por los siglos de los siglos. Amén.

II.5,

6. *Si estás debilitado por tus pasiones, guárdate de recibir las confidencias de otros sobre sus pasiones, como si fueras una persona digna de confianza, pues sería la perdición de tu alma.*

Los padres no permiten que los hermanos principiantes se confíen mutuamente los combates de la fornicación y de la blasfemia que experimentan porque sufrirían un gran daño y la perdición del alma, según lo afirma el mismo abad Isaías. Los jóvenes y adolescentes no deben manifestarse sus combates unos a otros, sino a los ancianos probados y sabios, y deben hacer lo que ellos les dicen. Es por la fe y la obediencia que los hermanos principiantes encontrarán auxilio y salvación.

II.8,

1. *Vivir en recogimiento en la celda es arrojarse delante de Dios y hacer lo posible por resistir a todo pensamiento malo sugerido por el enemigo. En eso consiste la huida del mundo.*

El abad Isaías llama *arrojarse delante de Dios* a la acción de exponer los pensamientos delante de Dios con un espíritu humilde y un alma arrepentida, exclamando con compunción: “Ten piedad de mí que soy un ser despreciable” (ver *Sal 50,3*).

Cuando dice: *Hacer lo posible por resistir a todo pensamiento malo sugerido por el enemigo*, entiende la destrucción total e instantánea de los pensamientos turbados por las pasiones y las incitaciones de los demonios, que sin cesar germinan en nuestro corazón. La observancia alta, excelente y perfecta es la que conduce rápidamente al solitario a la pureza de corazón, que le permite ver a Dios en una manifestación luminosa. En efecto, muchas cosas se practican en la soledad, por ejemplo: el ayuno, la abstinencia, la vigilia, dormir a la intemperie, el *nazireato*, la ascesis, el canto de los salmos, la lectura de las Escrituras, el trabajo manual que nos procura lo necesario y nos permite ayudar a los pobres, la oración, la permanencia en pie, la postración, la genuflexión, la inclinación, la compunción, el llanto, las súplicas, las lágrimas, los gemidos y la soledad; por medio de estas veinte virtudes el alma se purifica de las pasiones malignas y se hace grata a Dios. Sin embargo, la práctica que, rápida y fácilmente, perfecciona al solitario que vive alejado, lo que le permite purificar su corazón, y de ese modo puede ver a Dios y hallar en sí mismo los frutos del Espíritu de los que habla el Apóstol: la caridad, la alegría, la paz, la bondad, la suavidad, la longanimidad, la paciencia, la fe, la esperanza, la humildad, el no estimarse a sí mismo, la misericordia, el perdón, la simplicidad, la integridad, la alegría en las injurias, la compasión, la pureza (ver *Ga 5,22*), la santidad, el amor de la tribulación y la injuria, y el primero y más importante de estos veinte frutos del Espíritu: la visión de nuestro Señor en una manifestación luminosa. La práctica, pues, que permite cumplir y realizar todas estas cosas es el pensamiento de Dios, la oración incesante y sin distracciones y la destrucción de los malos pensamientos en el mismo momento en que nos perturban presentándose en el corazón. Es, en efecto, el combate interior contra los pensamientos pecaminosos lo que convierte al solitario en domicilio de Cristo y en *espectador* de su resplandor, tal como lo ha dicho el abad Isaías en otro discurso: *El combate interior convierte al alma en el lugar de reposo del hijo de Dios*. Si un hombre se pierde por causa de la guerra de los demonios y de la debilidad de la naturaleza, si experimenta placer en sus pensamientos y consiente al pecado, que rápidamente su espíritu dé media vuelta y que se acuerde del juicio final; que piense en Dios; que ore sin cesar y purifique sus pensamientos. De esa manera, por su paciencia y su trabajo constante, con el auxilio de la gracia, se perfeccionará en su combate, recibirá la corona del triunfo (ver *1 Co 9,25*) y se alegrará en Dios.

II.8,

6. *Fuera de una gran necesidad no digáis jamás nada ni en el refectorio ni en la reunión litúrgica (oficio divino) y no corrigáis al que salmodia, a menos que lo haya pedido él mismo.*

En verdad es una pasión deshonorosa y un defecto vergonzoso el que alguien corrija en las reuniones de los hermanos, en el oficio, en la oración, en las sesiones o en la mesa, al lector o al que salmodia cuando éste no lo pide ni lo desea. Tal procedimiento, en efecto, produce graves daños, aunque se corrija sin cólera ni vehemencia, y hasta con dulzura y gentileza con el fin de edificar a los espectadores y auditores. Por eso el abad Isaías advierte en varios lugares sobre este asunto, pues sabe los perjuicios que acarrea. En la asamblea comunitaria de los hermanos reunidos para la oración y la lectura, es el sentido de las palabras de los Padres lo que deben explicarse unos a otros, pero no se trata de hacer exégesis, porque tal cosa es tarea de especialistas y no de solitarios reservados y observantes. Si es necesaria una corrección de las palabras que ésta

sea breve y a pedido del lector, que deberá solicitarla por medio de una inclinación. Además. la corrección no deberá hacerla cualquiera sino quien está al tanto del asunto y tiene una cierta antigüedad en la fraternidad. Y que sea uno solo. Y que corrija dulcemente, apaciblemente y no con vehemencia.

II.8,

10. *Si os encontráis fuera del monasterio no os dejéis ir a la familiaridad en lo que sea, allí donde estéis. Que más bien todo el mundo se edifique con vuestro ejemplo, especialmente en lo que se refiere al silencio escondido o invisible.*

Alguno silencia su lengua pero su espíritu vagabundea. Mientras que otro mantiene en silencio los sentidos y también los pensamientos. El abad Isaías dice que de nuestro silencio interior los demás sacan provecho. Porque aquel que no habla con la lengua pero no mantiene el silencio en su espíritu es rápidamente conocido por los hombres inteligentes, pues vigila solamente su lengua, mientras que sus ojos y sus oídos vagabundean para ver y oír con libertad. Entonces los hombres comprenden que ese monje no controla sus pensamientos. Pero cuando junto con la boca se controlan la vista y el oído los hombres perciben ciertos signos que son un índice de su silencio interior, porque aquel que controla todos sus sentidos exteriores permanece recogido en, sí mismo. Ya sea por la oración interior que mantiene activo su corazón. o por un pensamiento provechoso, actividades que son manifiestas para los hombres a través de los cambios del rostro.

III.2,

3. *Piensa cada día: “No me queda más que este día de vida en el mundo”, y no pecarás contra Dios.*

El recuerdo de la hora de la muerte, de la hora del juicio y de la hora de la Gehena es muy útil para los solitarios que viven en la soledad. Y aunque el recuerdo de esas tres horas es beneficioso en todos los momentos hay sin embargo una escala. En efecto, el recuerdo de la hora de la muerte es más útil para los principiantes, pues todavía no son capaces de reconocer la gran fuerza que se esconde en la muerte. El recuerdo de la hora del juicio es más conveniente para los que se encuentran en una situación intermedia. Mientras que el recuerdo de la hora de la Gehena es un don divino concedido a los perfectos.

III.3,

5. *Si en su impaciencia tu hermano te replica una palabra dura, sopórtalo con alegría, y si tú examinas tus pensamientos según el juicio de Dios, verás que también tú has pecado.*

El sentido de las palabras del abad Isaías es el siguiente: si eres insultado por tu hermano acuérdate inmediatamente del justo juicio de Dios. Si crees que él ha cometido algún pecado contra ti a través de acciones, palabras o pensamientos, da gracias a Dios que con tanta justicia se ocupa de tu vida, que cada día por medio de lo que te aflige, ya sea una enfermedad, un insulto o cualquier otra cosa que te causa pena, renueva tu observancia. En cuanto a tu hermano sopórtalo y ámalo con alegría, ya que es el agente de tu salvación.

III.3,

7. *No toleréis la malicia en vuestro corazón, ni odio ni envidia contra el prójimo, y que no haya jamás una cosa en vuestra boca y otra en vuestro corazón, pues “de Dios nadie se burla” (Ga 6,7): El ve todas las cosas, ocultas o manifiestas.*

Si el solitario no se aplica a la corrección de sus pasiones, se fatiga inútilmente en los trabajos que realiza en la celda y en la soledad, porque no alcanzará ni el amor de Dios ni el del prójimo, que nuestro Señor ha calificado de “semejante al amor de Dios” (Mt 22,39). Además tampoco gustará de la “bondad de Dios” (ver Sal 24,8), como también lo afirma el abad Isaías, y no gozará de su luz.

III.3,

17–18. *Si vives con hermanos y por algún motivo te inquietas, sea por el trabajo manual o por alguna obligación inconveniente, por el exceso de comodidad o porque no tienes la suficiente paciencia, por el desánimo o porque quieres retirarte a la soledad, porque no puedes soportar el yugo o porque no puedes hacer tu voluntad, porque te falta lo necesario o porque quieres dedicarte a una vida más austera, porque estás enfermo y no puedes soportar la fatiga, o cualquiera sea la razón que te impulsa a partir, ten cuidado de no sacudir el yugo e irte en la aflicción, guárdate de huir ocultamente en medio de alguna dificultad o en un momento en que te hacen reproches. Que el recuerdo de la fraternidad no sea velado por el mal.*

Para tomar la determinación de separarte de los hermanos busca más bien un tiempo de concordia y saldrás en paz y tu corazón estará tranquilo dondequiera que vayas. Busca la culpa en ti mismo y no hables mal de los hermanos con los cuales viviste; no escuches a tus enemigos, transformando las buenas acciones de tus hermanos en malas, huyendo así de la propia responsabilidad y queriendo que las faltas de tus hermanos disimulen las tuyas, pues en tal caso caerías nuevamente en las manos de tu enemigo en cualquier lugar en que fueras a habitar.

A menudo se producen grandes perturbaciones en las moradas de los solitarios cuyo origen reside en la amarga envidia que experimentan los demonios. Entonces ciertos hermanos de los más observantes en el instante en que comienzan las dificultades quieren marcharse. Y si los padres se lo permitieran los eremitorios quedarían vacíos de hermanos virtuosos. Pero ocurre que los que se van sufren muchas contrariedades porque a menudo deben enfrentarse con los mismos problemas de los que deseaban escapar. Por tanto, es muy ventajoso permanecer en el lugar donde se habita, aun en los tiempos difíciles, vigilando la lengua y los demás sentidos para no caer en la tentación. Así por medio de la vigilancia, la paciencia y la oración se obtiene provecho para sí mismo y para los demás; pues como lo afirman los padres no hay combate más perjudicial y dañino para el solitario que aquel que lo invita a abandonar su celda y su residencia por capricho y sin necesidad. A pesar de todo si hay algún hermano arrogante revoltoso e incapaz de poner freno a su lengua, es mejor que se vaya apenas comience a experimentar la turbación, para que no cause escándalos y ocasione daños irreparables.

III.4,

4. *“No podéis servir a Dios y a Mamón” (Mt 6,24). “Mamón” significa todo el servicio de este mundo. Si el hombre no lo abandona no puede servir a Dios. Qué es, Pues, servir a Dios. sino no tener nada ajeno en el espíritu cuando lo bendecimos, ni concupiscencia cuando le rezamos, ni malicia alguna cuando le cantamos, ni odio cuando lo adoramos, ni perversa envidia cuando, estamos conversando con Él, ni deseos vergonzosos cuando nos acordamos de Él. Todas estas cosas son como muros tenebrosos que rodean el alma y no le permiten salir al encuentro de Dios, ni alabarlo en secreto, ni rezarle en la dulzura del amor y en la suavidad del corazón con una voluntad santa, para recibir su luz.*

El santo abad Isaías en este discurso quiere enseñar a todos los solitarios que es imposible librarse de las pasiones torcidas, ser perfectos en la justicia, purificar el corazón de los malos pensamientos y poder recibir una visión de la manifestación de Dios si antes no se ha abandonado el mundo, sus ocupaciones y sus distracciones. Lo mismo dice el bienaventurado Diodoro de Tarso en su *Libro de la Economía*: “La malicia ha penetrado en los hombres y estos han mezclado sus actividades con la iniquidad, la rapiña y el fraude. Si se quiere combatir la malicia es necesario alejarse de las preocupaciones del mundo”.

Más adelante el abad Isaías señala cuál es el servicio de Dios del que habló nuestro Señor, enseñando a los solitarios que la renuncia al mundo no basta para alcanzar la perfección, como tampoco es suficiente la práctica de la ascesis corporal en una residencia junto con otros hermanos. Los solitarios deben perseverar en la soledad y, al mismo tiempo, aplicarse a los trabajos corporales y a la vigilancia del espíritu, que consiste en el recuerdo constante de Dios, en la oración incesante y en la inmediata destrucción de los pensamientos turbados por las pasiones, desde el primer instante en que éstos se presentan en el corazón. De esa forma, a través de la pureza del corazón se alcanzará la perfección.

III.4,

5. *Ama la oración sin cesar, para que tu corazón sea iluminado.*

El abad Isaías dice: *Ama la oración sin cesar, para que tu corazón sea iluminado, y también: Guarda tu lengua, para que tu corazón sea iluminado y el temor de Dios habite en ti.* A propósito de la oración sólo ha dicho *para que tu corazón sea iluminado*, mientras que en lo referente al control de la lengua ha afirmado dos cosas: la luz y el temor de Dios, porque la luz de la oración también se adquiere guardando la lengua. Si un hombre evita la detracción que calumnia y crítica a su hermano por detrás, y no lo perturba insultándolo y lanzándole invectivas, reprendiéndolo, haciéndole bromas amargas o atormentándolo, y permanece en su celda en la soledad, el corazón de ese hombre se purificará prontamente y será iluminado por la oración. Además será favorecido con las primicias de los bienes que nuestro Señor dará a quienes sean puros de corazón y hayan sido iluminados por la oración: “Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios” (Mt 5,8).

III.4,

8. *Sé fiel a la recitación de los salmos, pues ella te guardará del cautiverio de la impureza.*

Si te habitúas a realizar un esfuerzo por cumplir cada día las siete horas del oficio divino y, ya sea que te sientes para hacer alguna cosa o te acuestes para dormir, o comas o bebas o viajes, te acostumbras a salmodiar continuamente los salmos inspirados por el Espíritu, saldrás victorioso en las luchas contra Satán. Sobre todo conseguirás alejarte de la pasión de la fornicación, que suele atacar especialmente al hermano que descuida la salmodia.

III.4,

9. *No desprecies el Oficio divino, para no caer en las manos de tus enemigos.*

Nada preserva y salva tanto a un hermano principiante, ya sea que more en un cenobio o en una ermita, de la acción de los demonios, como cumplir la regla de las siete horas, fijadas por el santo Sínodo, a lo que debe añadirse la lectura de las Sagradas Escrituras entre los distintos oficios.

III.5,

1 *Sé fiel al trabajo manual y el temor de Dios estará en ti.*

Los venerables padres practican el trabajo manual por dos razones: para no tener que depender de otro cuando deben procurarse lo necesario y para poseer alguna cosa que puedan dar como limosna a los necesitados. Y esto porque la justicia se divide en tres virtudes generales que

purifican las tres partes del alma: el espíritu, el irascible y el deseo. Esas tres virtudes son: el ayuno, la oración y las limosnas. Por eso nuestro Señor dice en el evangelio: “Cuando ayunes y hagas limosna, no hagas tal y tal cosa, sino haz tal y tal otra” (Mt 6,2 ss.). Por otra parte, el trabajo manual les procura a los jóvenes y adolescentes, además de las ya enunciadas, otras dos virtudes: los preserva del desánimo y les otorga la tranquilidad en la celda y el amor a la soledad. Por eso los padres exhortan constantemente a los solitarios al trabajo manual diciendo que aunque no sea necesario, nunca deben descuidar el trabajo realizado con discreción.

III.5,

8. *Si en el trabajo manual tu hermano te llama, no le digas: “Espera un poco hasta que termine esta cosita”, sino que obedécelo de inmediato.*

Si un hermano está obligado a atender enseguida a su cohermano, con mayor razón un discípulo debe escuchar a su padre espiritual. Los padres, en efecto, consideran que esta virtud es la corona suprema de los triunfos. Así era el abad Atré, cuando el abad Oro lo llamaba dejaba inmediatamente el cuchillo con el que estaba cortando el pescado y se apresuraba a ir a su lado. El abad Sisoes calificaba tal modo de actuar como una gran maravilla, diciendo: “He visto un gran prodigio que hizo abba Atré”.

III.5,

9. *Si hacéis juntos un trabajo y uno de vosotros lo abandona desalentado, que nadie le haga reproches, sino mostraos más bien amables con él.*

Si realizan juntos algún trabajo manual y antes de que el jefe dé la orden uno de los hermanos, ya sea por desánimo o por un acceso de mal humor o por falta de disciplina, abandona antes de tiempo su trabajo o encargo, no le hagan reproches, no lo importunen ni le hagan pasar vergüenza. Si su indisciplina los molesta deben tratar de estar satisfechos con él al comprobar su celo, ya que es evidente que no se trata de pereza porque había comenzado el trabajo con entusiasmo, a pesar que después no haya aguardado hasta la orden del jefe. El abad Isaías, en efecto, quiere enseñar y exhortar de diversas maneras y con toda clase de palabras a que nadie en la asamblea común ponga los ojos sobre su hermano para condenarlo, juzgarlo, despreciarlo o entristecerlo. Porque solamente evitando todo esto el solitario se perfeccionará prontamente en la caridad y alcanzará la perfección.

III.5,

- 16–17 *Si salen para trabajar juntos, que cada uno esté atento a lo que hace y no esté mirando lo que hace su hermano; que no dé lecciones ni reprenda al otro.*

Si hacéis un trabajo en el interior de la celda, si construís alguna cosa, dejad al que trabaja que lo haga como él entienda. Pero si dice: “Por caridad, mostradme cómo hacerlo, pues yo no sé cómo se hace”, y si otro lo sabe que no sea tan malo de decir: “Yo tampoco sé”, pues eso no sería la humildad que Dios quiere de nosotros. No ayudar al que se ha equivocado en el trabajo, y pide instrucciones es carecer del amor de Dios y tener malicia.

Los solitarios de Escete y de todo Egipto viven del trabajo de sus manos y por eso están obligados a salir de sus celdas para ir a vender sus trabajos. Y como habitualmente son los jóvenes quienes salen y tienen necesidad de controlar sus sentidos, en numerosos pasajes el abad Isaías los exhorta a la caridad y a la misericordia los unos para con los otros, así como al control de la lengua, que es muy útil, particularmente en el extranjero. Porque sucede que, oyendo hablar a los padres del control de la lengua, no los interrogan, y así poder aprender cuál es su origen y qué beneficios reporta a quien lo obtiene, sino que lo practican desordenadamente y sin reflexión. De esa manera los demonios cuando observan que comienzan a controlar la lengua los hostigan por medio de la pasión

de la malignidad y los despojan de la bondad y de la caridad, sin lo cual el control de la lengua no tiene sentido. El solitario que no apena a su hermano en las relaciones mutuas, entra en su celda y se dedica a su trabajo según el Espíritu, y los demonios no encuentran en él ningún motivo para agitar su espíritu con malos pensamientos llenos de humores malos, de cólera, de irritación y de odio, para obstaculizar su trabajo y despojarlo de la caridad, paraíso de todas las delicias. Pero si aquel que se aplica al control de su lengua para no entristecer a su hermano se calla bajo el pretexto del silencio cuando su hermano se humilla y quiere aprender de él y no instruye con amabilidad, apena a su hermano de un modo mucho más detestable. En efecto, al no satisfacer la voluntad de su hermano y al apenarlo, la agitación y la turbación de los pensamientos de los demonios caerán sobre él cuando entre a su celda y quedará privado de la suavidad de la caridad. Por eso el abad Isaías advierte sabiamente en este aspecto.

III.6,

3. *Oblígate a la meditación y alcanzarás rápidamente la paz del Señor. Igual que una casa en ruinas en las afueras de una ciudad es un lugar de basuras, así también el alma de un novicio perezoso se convertirá en guarida de toda pasión deshonorosa.*

Cuando te sientas desanimado toma la Escritura, siéntate y lee la Escritura, arrodíllate delante del crucifijo y así muy pronto recuperarás la paz y la alegría, y glorificarás a Dios.

El desánimo y los malos pensamientos que suelen perturbar al hermano novicio en su celda, generalmente proceden de su relajación. Por el contrario, si recita el oficio, si reza, si lee o trabaja, los demonios no tendrán oportunidad para introducir en su corazón la salmuera de los pensamientos impuros, porque se lo impedirá la fuerza divina oculta en la práctica de estos mandamientos.

III.7,

3. *Tú que vives retirado en tu celda, fíjate una medida en tu comida y da a tu cuerpo lo necesario para que él te sostenga al cumplir el Oficio divino. No desees salir. No comas por placer, siguiendo tus gustos.*

Es por tres razones que el abad Isaías exhorta a los solitarios jóvenes a no ayunar ni hacer abstinencia por encima de sus fuerzas. La primera, para evitar que por causa de una restricción excesiva y desordenada se enfermen y no puedan cumplir ni el oficio ni la regla. La segunda, para evitar que la observancia de grandes restricciones en la celda no los empuje a desear los manjares del exterior. La tercera, para evitar que los demonios los entusiasmen con una ascesis superior a sus fuerzas y terminen por caer en el orgullo.

III.10,

3. *Considera cada día qué pasión has vencido en ti, antes de hacer tus peticiones en la oración.*

Que tu observancia no sea irreflexiva, sino más bien medita sobre las virtudes, reconoce tus pasiones y examínate minuciosamente para saber qué pasión has vencido, para que tu victoria sobre esa pasión te anime a emprender el combate cotidiano contra las pasiones y, al solicitar el auxilio divino en la oración, recibirás la gracia de la victoria completa sobre ellas y serás favorecido con la libertad propia de la perfección.

NOTAS⁴⁵

⁴⁵ El número que encabeza cada nota remite a las distintas secciones de la traducción. Es la numeración adoptada en la publicación realizada en *Cuadernos Monásticos*, n. 31, 1974, pp. 589–623.

I,1// VIII,1, p. 101 (1=VIII,4). El tema de la permanencia en la celda está presente en la casi totalidad de los textos monásticos. Ver, entre otros, *Apotegmas* de Antonio 3 y 10; EVAGRIO, *Bases de la vida monástica* 8; *Tratado Práctico* (=TP) 28 (citamos según la publicación de *Cuadernos Monásticos*, 1976, pp. 38–52). Para Evagrio la *hesychia* (= quietud) se identifica con: *permanencia en la celda* (ver A. GUILLAUMONT, *Un philosophe au désert: Evagre le Pontique en Rev. de Histoire des Religions* 181, 1972, p 35). Ver asimismo el artículo de H. VAN GRANENBURGH, *Pour une revalorisation de la cellule en Coll. Cist.* 38, 1976, pp. 22–28.

I,5// VIII,2, p. 101 (1=VIII,5). Este trozo hay que leerlo en conexión con el precedente. Dadiso amplía el horizonte de Isaías al tratar el tema del abandono de las pasiones. En realidad, lo más probable es que Isaías se refiera –simplemente– a la necesidad de meditar en la muerte, juicio y castigos como medio, junto al trabajo manual, apto para combatir la tentación que empuja a abandonar la celda (ver EVAGRIO, *Bases de la vida monástica* 9). En cuanto al primer sentido, ver EVAGRIO, *Trat. de la Oración* 1–4. 11. Entre los apotegmas atribuidos a Evagrio el que lleva el número 1 es muy semejante al texto de Isaías comentado por Dadiso.

II.1,1–3// IX,2–3, pp. 104–106 (2=IX 1–4). Dadiso adopta una concepción del alma muy semejante a la de Evagrio. Es una concepción que se inspira en el platonismo y que divide al alma en tres partes: una racional, una irascible y una concupiscible. Estas dos juntas forman la parte del alma en que residen las pasiones, que son –al igual que para los estoicos– las enfermedades del alma (ver TP 89; A. GUILLAUMONT, *art. cit.*, p. 40). También es de origen evagriano la tesis que sostiene la pureza original de las tres partes del alma (ver TP 86).

II.1,4// IX,4 p. 106 (2=IX,5). En el TP 86, Evagrio dice: “El alma razonable obra según la naturaleza cuando su parte concupiscible tiende hacia la virtud”... Conviene señalar que para Evagrio aquel en quien las tres partes del alma obran según la naturaleza (ver nota anterior) ha alcanzado la *apatheia* (=estado de paz interior fruto del dominio de las pasiones y pensamiento). Ver A. y C. GUILLAUMONT, *Evagre le Pontique: «Traité Pratique ou le Moine» (Introduction, traduction et notes)*, SC 171, pp. 676–677.

II.1, 6// IX,4, p. 106 (2=IX,7). Ver EVAGRIO, TP 24.

II.1, 8// IX,4, p. 106 (2=IX,9). Esta explicación de Dadiso se inspira en la doctrina espiritual de Evagrio (ver TP Pról. 9; 56; 60; 66; 78; 81; 84).

II.1,5–7 // IX,5 pp. 107–107 (2=IX,6–8). La cita de Isaías no es literal (ver *Logoi* 17=XXVI,2). Para la referencia a Evagrio, ver *Ad Eulogium* 21, PG 79,1121. Aunque el comentario de Dadiso es claro, parece oportuno señalar que es absolutamente cierta la afirmación sobre la importancia atribuida por Isaías al irascible. También Evagrio le asigna un papel de primer orden en la vida ascética y en la oración (ver TP 11; 24; 42; 76; *Trat. de la Oración* 20–23).

II.2,1 // XV,39–40, pp. 234–239 (16=XV,113–114). Encontramos una enumeración bastante parecida en EVAGRIO, TP Pról. 8. La cita de Macario corresponde a las homilias 19–20.

“En primer lugar”... Al decir “misterios vivificantes” se refiere a la Eucaristía (ver C. DONAHUE, *The Agápe of the hermits of Scete en St. Monastica* 1, 1959, pp. 97–114).

“La ascesis engendra las lágrimas”. Ver EVAGRIO, TP 16 1 17. Para Isaías ver *Logoi* 16=XV,57 (II.29 en nuestra publicación de *CuadMon*). No se ha podido localizar la cita de Basilio.

“Las lágrimas engendran el temor de Dios”. Ver EVAGRIO, *Trat. de la Oración* 5–7.

“El temor de Dios engendra la humildad”. Ver RB 7,10–12. No se ha podido identificar la cita de Juan el Vidente.

“La humildad engendra la previsión”. Ver las homilias 19–20 de Macario; ISAÍAS, *Logoi* 20=IV,3 (II.5, 9 en *CuadMon*). Ver también 20=IV,2 (II.5, 4 en CM) y 26=XXV,13; Apotegmas (serie alfabética), Sisoos 17.

“La previsión engendra”... Nótese en este texto el gran parecido de la doctrina expuesta por Dadiso con el desarrollo sobre la *apatheia* que propone Evagrio (TP 57–70), a pesar de que nuestro comentarista casi nunca utiliza dicho vocablo. “Y después”... Ver ISAÍAS, *Logoi* 26=XXV,45.

II.2, 7// XI,15, p. 117 (15=XI, 85–86). Ver TP 35 y 56.

II.2, 9// V,7, p. 74 (9=V,8). Para el *nazireato* ver Nm 6,1–8; Jc 13,3,7.

II.2, 10// XIII,20, pp. 152–153 (7=XIII,12). Las citas de Marcos el Ermitaño y de Evagrio no han podido ser localizadas. Las citas de Isaías corresponden a los *Logoi* 23=XXIII,1 y 16=XV,55. Es llamativa la explicación de Dadiso a la palabra inmortalidad, que revela –una vez más– que estructura su comentario desde de una óptica evagriana.

II.2, 11// XIII,19, p. 152 (7=XIII,11). El *Logoi* de Isaías es el n. 16=XV,50 (II.3,9 en *CuadMon*). Para el texto de Evagrio ver *Evagriana* (ed. Muyltermans), p. 51, n. 5 y p. 375, n. 9.

Después de las dos barras se consignan las referencias al *Comentario* de DADISO, editado por el Prof. R. DRAGUET en el *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium* 327, Lovaina 1972.

Entre paréntesis se señalan los *Logoi* del abad Isaías que son comentados; en números arábigos se remite al texto griego (trad. al francés de los monjes de Solesmes en *Textes de spiritualité orientale*, n. 7, Bellefontaine 1970) y en números romanos al texto siríaco (trad. al francés por R. Draguet en CSCO 293 y 294, Lovaina 1968).

II.2, 12// XIII,23, p. 153 (7=XIII,14). Ver Isaías, *Logoi* 16=XV,57 (II.2,8 en *CuadMon*);

II.2, 13// XIII,24, pp. 153–154 (7=XIII,15).

II.2,18// V,25, p. 79 (9=V,33). Para el silencio ver RB 6. Sobre la pobreza como abnegación, ver la descripción que hace Evagrio de la avaricia en el TP 9.

II.3,1// XIII,33, pp. 155–157 (7=XIII,24).

II.3, 3// XIII,30, pp. 154–155 (7=XIII,21).

II.3, 10// XV,27–28, pp. 221–223 (16=XV,42–43). Sobre tristeza y *acedia*, ver EVAGRIO, TP 10; 12; 19; 27. La historia del hermano encerrado en el sepulcro la hallamos en la *Historia Monachorum*, Juan de Lyco 37 (ed. Festugière, pp. 235 y ss.). La cita de Isidoro corresponde a los apotegmas (serie alfabética n. 6, PG 65,221). No se ha localizado la cita de Evagrio. La extensa cita de Isaías está inspirada en el *Sal* 19,15 y en *Jr* 3,22.

II.3, 22// XIII,18, p. 151 (6=XIII,4). Este trozo es un interesante ejemplo de como Dadiso comenta a Isaías a través de Isaías mismo. Los *Logoi* citados son, 16=XV,85; 23=XXIII,6; 7=XIII,8. No se ha podido identificar el texto de Mar Babai el Nisibita. Ver también TP 13 y 96.

II.4, 1// XV,31, pp. 226–227 (16=XV,76). Ver RB 7,44,48.

II.4,3// VIII,5, pp. 102–103 (1=VIII,27). *Gnósticos* tiene aquí el sentido de *versados* en los misterios de la vida espiritual porque han combatido contra los demonios y los pensamientos que ellos suscitan en nosotros (ver EVAGRIO, TP 98). Los *Logoi* de Isaías que cita Dadiso en este texto son: 4=XI, 63 (II.4,2 en *CuadMon*); 16=XV,76 II.4,1 en *CuadMon*); 9=V,11 (II.4,5 en *CuadMon*); 4=XI,3 (II.4,6 en *CuadMon*). La ira no le impida ejercer el discernimiento espiritual. Idea que se desarrolla en el trozo siguiente.

II.4,4// XIII,16, pp. 150–151 (6=XIII,2). Ver Isaías, *logoi* 4=XI,3 (II.4,6 en *CuadMon*). Sobre el peligro de la falta de discernimiento en los ancianos, ver Casiano, Conferencia II, 13; y también M. MATTHEI – E. CONTRERAS, “*Seniores venerare, iuniores, diligere*”. *Conflicto y reconciliación de generaciones en el monacato antiguo* en *CuadMon* n. 30, 1974, pp. 447 y ss.

II.4, 5// V,10, p. 75 (9=V,1). Sobre el tema de la dirección espiritual, ver I. HAUSHERR, *Direction spirituelle en Orient autrefois* (Orientalia Christiana Analecta 144), Roma 1955; A. DE VOGÜÉ, *Experiencia de Dios y paternidad espiritual* en *CuadMon* n. 22, 1972, pp. 47–57; L. LELOIR, *La discrétion des Pères du désert d’après les Paterica arméniens* en *Coll. Cist.* 37, 1975, pp. 15–32.

II.4,11// XII,10, p. 130 (5=XII,29). No se trata, por tanto, de una comunidad cenobítica, sino de un ermitaño con su discípulo. Ver RB 7,55.

II.5, 4// IV,3, p. 66 (20=IV,2). Ver EVAGRIO, TP 31; RB 7,51–52.

II.5,9// IV,4. 6–8, pp. 66–70 (20=IV,3). Sobre la humildad, ver RB 7; SEUDO EVAGRIO, *Trat. de la humildad*, *CuadMon* n. 28, 1974, pp. 61–65. Para humildad y silencio, ver RB 6; 7,7. 56–58.

“No estimarse...”. Ver RB 7,49–54. No se ha podido localizar la cita de Macario.

“No amar...”. Ver RB 7,35–43.

“La sumisión”, ver RB 5, 7,34.

“La modestia...”. Ver RB 7,62–63.

“Tener la muerte...”. Ver RB 7,10–14.

“Huir de...”. Ver RB 4,28.

“No mantener...”. Ver RB 6; 7,56–58.

“No contradecir...”. Ver RB 4,61.

“No tratar...”. Ver RB 68; ISAÍAS, *Logoi* 25=VII,4 (II.6,1 en *CuadMon*); 3=X,36 (III. 3,2 en *CuadMon*).

“Soportar...”. Ver RB 4,30; 7,49–50.

“Odiar”... Ver RB 4,37–38; 66,7.

“Amar el trabajo”, ver RB 48,1. 7–8.

“Estar atento”... Ver RB 4,60; 5,1–4; 7,19–20; ISAÍAS, *Logoi* 22=X,7.

“No irritarse”, ver RB 4,22.73; EVAGRIO, *Trat. de la oración* 14; ISAÍAS, *Logoi* 20=IV,4.

II.5, 6// XII,13, p. 131 (5=XII,44). Ver RB 46,5–6.

II.8,1// XIV,17, pp. 173–174 (21=XIV,13). ISAÍAS, *Logoi* 22=XX, 11. Ver EVAGRIO, TP 5, 34, 42, 74–75.

II.8,6// VIII,3, pp. 101–102 (1=VIII,6–8). Ver RB 38.

II.8,10// XII,6, p. 128 (5=XII,11). Sobre el silencio, ver: A. DE VOGÜÉ, *La Règle de Saint Benoît*, Eds. du Cerf, Paris 1971, pp. 275–280 (SC184); E. LATTEUR, *Silence du Christ et silence monastique* en *Coll. Cist.* 38, 1976, pp. 3–21; *CuadMon* n. 41, 1977, pp. 139–216.

III.2,3// V,19, pp. 77–78 (9=V,21). Ver RB 4,44–47, idéntica enumeración pero en otro orden.

III.3,5// XII,7, p. 129 (5=XII,18). Ver RB 72.

III.3,7// VIII,4, p. 102 (1=VIII,25). Ver ISAÍAS, *Logoi* 21=XIV,3.

III.3, 17–18// XII,11, pp. 130–131. Ver EVAGRIO, TP 12, 25, 48; RB 58,17.

III.4,4// VII,1–2, pp. 85–86 (25=VII,1). Ver SEUDO BASILIO (?), *Admonición a un hijo espiritual* VIII y IX (traducción en *CuadMon* 1976, pp. 9–11).

III.4,5// XV,24, p. 220 (16=XV,23). ISAÍAS, *Logoi* 16=XV,23; 16=XV,25 (en *CuadMon*: II.8,4). Ver SEUDO BASILIO, *Admonición...* XVII, pp. 14–15.

III.4,8// V,6, pp. 73–74 (9=V,7). Ver RB 50.4.

III.4,9//V,6, p. 73 (9=V,6). Se trata del Sínodo de Seleucia–Ctésiphon, año 410 (región de Mesopotamia y Persia).

III.5,1// V,18, p. 77 (9=V,12). Sobre el trabajo manual, ver M. MENAPACE, *Notas sobre el trabajo en la espiritualidad del monacato primitivo* en *Yermo* 4, 1965, pp. 111–126; M. de PÉREZ LABORDA, *Trabajo y caridad* en *Yermo* 4, 1965, pp. 127–152.

III.5,8// XII,12, p. 131 (5=XII,40). Ver *Apotegmas*, Pistoes, PG 65,372.

III.5,9// XII,5, pp. 127–128 (5=XII,8). Ver RB 47; 69; 70.

III.5,16–17// XII,3–4, pp. 126–127 (5=XII,2–4). Ver EVAGRIO, *Trat. de la oración* 13 y 20.

III.6,3// V,22–23, p. 78 (9=V,30–31). Ver *Apotegmas*, Antonio 1 y 3; EVAGRIO, TP 15. Ver asimismo L. LELOIR, *Les Pères du désert et Saint Benoît. Un apophtegme de Antoine* en *Nouvelle Revue Théologique* 102, 1980, pp. 197 y ss.

III.7,3// XI,9, p. 115 (4=XI,40–41). Ver EVAGRIO, TP 40–41.

III.10,3 XI,16, p. 117 (15=XI,88). Ver ISAÍAS, *Logoi* 16=XV,38 (III.10, 1 en *CuadMon*). Ver RB Pról. 45–50; 4,75–78; 7,67–70.